



Un viaje de Ajuria Enea a Sansomendi

El colegio Paula Montal Escolapias celebra el 50º aniversario de su implantación en Vitoria, que arrancó en 1965 en el famoso palacio



NURIA NUÑO

VITORIA. Como casi todos los santos, la catalana Paula Montal (1799-1889) se anticipó a su tiempo. La muerte de su padre interrumpió su infancia y, con apenas diez años, comenzó a trabajar como encajera para ayudar a su madre a sacar a sus hermanos adelante. Desde muy joven, conoció la difícil situación que vivía la mujer, su importancia en la familia y su marginación social. En aquellos años, sólo los niños estaban escolarizados y las mujeres eran rele-

gadas a quedarse en casa y luego a casarse. Cuando vio que los suyos se podían desenvolver sin ella, empezó a acariciar la idea de consagrar su vida a la educación de las niñas y jóvenes. La oportunidad se le presentó en 1829, cuando el alcalde de Figueras solicitó maestras. Ella y su amiga Inés Busquets se desplazaron hasta allí con una idea en mente: abrir su primer colegio. Pero, como les suele ocurrir a los visionarios, mucha gente pensó que era una aventura un tanto descabellada. El párroco de Figueras las recibió, aunque prácticamente les invitó a que volvieran a su pueblo cuando vio que sólo tenían 40 reales, el equivalente a unos 6 céntimos de euro. Pero las dos amigas no se desanimaron y apostaron por abrir su primera escuela... en un palomar.

Así, con todo lujo de detalles, relata Esther Rodríguez Cabello la historia de la «madre fundadora» de las Escolapias. Una figura «emprendedora, moderna y toda una feminista ya en su época. Ella tenía muy claro que la mujer es el pilar de la sociedad», apostilla esta religiosa, que ejerce como

directora titular del colegio Paula Montal de Vitoria.

La crónica de los orígenes y posterior expansión de esta orden inspirada por San José de Calasanz, que fue además la primera congregación femenina dedicada a la enseñanza, brinda infinidad de anécdotas. Y, como no podía ser menos, el desembarco de la comunidad escolapia en la capital alavesa –del que ahora se cumplen cincuenta años– depara un relato plagado de curiosidades y giros sorprendentes. Corría el año 1965 cuando las religiosas llegaron a la ciudad. «Francisco Peralta, obispo de Vitoria, conocía

la labor de las Escolapias de Zaragoza, ya que sus sobrinas y hermanas se habían formado con ellas. Él se interesó por nuestro sistema educativo y quiso que viniéramos», recuerda la actual directora.

Cama turca en el aula

Encontrar un lugar que albergara el colegio no fue tarea fácil. Y el que se cruzó en su camino no podía estar más alejado de aquel palomar de Figueras. Cuando menos lo esperaban, surgió la oportunidad de adquirir un palacio, construido en 1920 por el suizo Alfredo Baeschlin a instancias del industrial vitoriano Serafín Ajuria, que convirtió el inmueble en la residencia de su familia. La congregación decidió comprar esa propiedad para establecer allí su nueva escuela. «Era un lugar precioso, elegante, pero incómodo y poco funcional. Dábamos las clases en lo que fueron las habitaciones de los señores. Y, cuando las alumnas se marchaban a sus casas, desplegábamos las camas turcas y dormíamos en el aula –rememora la hermana Esther–.

Cuando llegamos a Vitoria decían que éramos las monjas ricas sólo por estar allí, pero siempre hemos sido una congregación austera y pobre», apostilla la religiosa, que dio clases durante dos años en este palacete del Paseo de Fray Francisco que con los años se convertiría en Ajuria Enea, la residencia oficial del lehendakari.

Aquel singular colegio fue el primer destino laboral de Marian Ochoa de Eribe. «Yo acababa de terminar Magisterio. Para mí fue un lujo debutar como profesora en un lugar tan majestuoso, con un ‘hall’ enorme y precioso. Y con las Escolapias, que reciben a todos con los brazos abiertos, con un trato familiar, amistoso y cercano», apostilla la maestra, que lleva cuarenta años vinculada al centro.

Por esas casualidades que depara la vida, el destino quiso que impartiera clases de Lengua y Ciencias Sociales a una pequeña llamada Virginia Fermín. El tiempo pasó, la niña creció y aquella exalumna acabaría convirtiéndose en compañera del claustro de profesores. «No soy el

LAS FRASES

Esther Rodríguez Cabello
Directora titular

«Dábamos clase en lo que fueron las habitaciones de los señores y las monjas dormíamos en las aulas»

Marian Ochoa de Eribe
Maestra desde 1975

«Fue un lujo debutar como profesora en un lugar tan precioso como ese palacio y con las Escolapias»

Virginia Fermín
Exalumna y actual profesora

«Bajábamos por las escaleras de madera de Ajuria Enea y parecíamos el Séptimo de Caballería»